ANTONIO SOTILLO y ANDRES MICHO

La Posteridad

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA el 15 de Marzo de 1912



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle de Núñez de Balboa, 12

1912

Para el Teatro Romea,
de Barcelona,
Antonio Sotillo

LA POSTERIDAD

LA POSTERIDAD

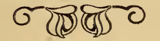
COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO SOTILLO y ANDRES MICHO

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 15 de Marzo de 1912.



MADRID

IMPRENTA DE "NUEVO MUNDO", LARRA, 8

Teléfono número 2475

A Luis Bermejo,

orgullo de la Universidad y honra de la política española.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSA MINO (30 años)..	SRA. D.ª CONCHA RUIZ.
JAVIER PINARES (45 ídem).	SR. GONZALVEZ.
FERNÁNDEZ (60 ídem).	MESEJO.
LUIS GOLFÍN (30 ídem)..	MONTENEGRO.
EL DIRECTOR (45 ídem).	JUSTE.
UN CAJISTA..	COVISO.

La acción—de cuatro á cinco de la tarde,—en Madrid. Época actual.—Octubre.

Las indicaciones del lado del actor.

ACTO ÚNICO

La redacción de «La Nueva Prensa», muy elegante. Puerta al foro, con mampara abierta al interior izquierda, y en ella una placa de porcelana con el rótulo: «La Nueva Prensa».—Redacción.

Una puerta lateral á la izquierda y otra á la derecha.

En el centro de la escena—segundo término—larga mesa, cubierta de periódicos, cuartillas, etc. (De todo menos libros). Pupitres y tinteros, portaplumas, etc. Del techo penden sobre la mesa varias lámparas eléctricas, con sus pantallas correspondientes.

En el ángulo izquierda del foro una mesita, la del ordenanza de la redacción, y detrás, colgado de la pared, un aparato telefónico.

En primer término izquierda, un velador, con muchos periódicos, y dos butacas.

Alrededor de la mesa algunas sillas.

En las paredes, mapas grandes y librerías.

Al levantarse el telón están en escena el DIRECTOR, GOLFIN y FERNANDEZ. Los dos primeros en la mesa de redacción; el último en la del foro. Golfín, sentado frente al público, está leyendo unas cuartillas, y el Director en pie, al extremo izquierdo de la mesa, examina el periódico que sostiene abierto con las dos manos. Los dos visten traje de calle, sin sombrero, y Fernández de librea.

~~Fernán.~~ El Director (Indignado, pero sin gritos.) ¿Serán majaderos? ¿Serán imbéciles? (Golfín levanta la cabeza.) No lo digo por tí; claro, tú eres una excepción... Pero ¿los demás? ¡Unos holgazanes, unos idiotas! ¡No saben una palabra de nada! ¡No saben escribir ni dos líneas con sentido común! ¡Con ortografía, y gracias... á que la saben los cajistas! ¿Has visto el número de hoy? (Estrujando violentemente el periódico.) Pues, hijo, es una colección de simplezas. ¡No puede ir más

flojo, más aburrido! ¡No interesa! ¡No dice nada!

GOLFÍN — ¡Pero, señor, si es que no pasa nada tampoco!

DIRECTOR — Los verdaderos periodistas no necesitan que pase nada. Cuando no tienen noticias... ¡las inventan!

GOLFÍN — Desengáñese usted, tío: nos está haciendo mucha falta un crimen sensacional.

DIRECTOR — Sí, ¿eh? ¡Pues... el mejor día mato yo á un redactor!

GOLFÍN — (Volviendo á su lectura.) Ese no sería un crimen interesante. No nos sirve.

DIRECTOR — ¡Vagos! ¡Inútiles! ¡Pero si es que lo ignoran todo! ¡Hasta lo más elemental del oficio! No saben más que darles bombos á todo el mundo. Mira. (Señalando en diversas columnas del periodico.) «El ilustre»... «el aplaudido!»... «la notable!... «el eminente»... Pero, Señor, ¿cuántas veces he de decirlo? ¡Si eso no le importa á nadie, fuera del interesado! Y, además, que un elogio—y esto es lo grave—un elogio siempre resulta en perjuicio de tercero: alabas á Fulano, y el buen hombre, naturalmente, se pone la mar de contento... Pero maldita la gracia que les haces á todos los demás de la clase, ó del oficio del agraciado... No; el periódico se ha de escribir á gusto de todos, y lo que á todos satisface, no es precisamente ver que se alaba al prójimo, sino todo lo contrario. «¡Justicia seca!» (como dicen ellos... aunque lo que quieren decir es «¡leña!») ¡Si esto es el A B C de la profesión! Le damos un palo á uno. (Dando un golpe en el periódico) y el pobre señor, claro está, pone el grito en el cielo, se indigna, patalea... á su costa... á su costa hemos hecho reir á quinientos: con el daño de aquél—que no es más que uno—hemos divertido á mil. Por eso, lo repito cien veces al día: el periodista no debe tener amigos. Agradar al público es su ley: «Silbar á los que la gente silbe»...

T Pero

GOLFÍN (Interrumpiéndole.) ¡Pero también «aplaudir á los que la gente aplauda!»

DIRECTOR ¡No!... Eso no tanto... (Casi al oído de Golfín y subrayando las palabras.) Porque... la gente suele arrepentirse muy pronto de haber aplaudido á alguien.

FERNÁN. (Que habrá ido acercándose, poco á poco, á los que hablan.) ¡Tiene usted razón, señor director! ¡Usted conoce al respetable público!

DIRECTOR (En tono de broma.) Gracias, Fernández: usted me comprende... ¿Quiere usted darme el sombrero y el bastón? (Señalando á la izquierda, por donde vase Fernández, y vuelve con lo pedido. A Golfín.) Bueno, mira: no dejes de hacerme cuatro líneas interesantes. Puedes meterte con ese tenor del Real, que ya viene dos temporadas sin que le silben... Y con la primera actriz del Español. Parece que gusta. Pero nada de filosofías inútiles, ¿eh? ¿De qué se trata? ¿De darles un disgusto á esos dos apreciables artistas? Pues para eso no hace falta media columna. Al tenor se le dice...

GOLFÍN Que no sabe música, y es verdad.

DIRECTOR Sí; pero eso no hace daño, eso no duele. Al tenor se le dice... ¡que engorda! Y á la actriz... á la actriz... ¡que envejece! (Se dirige rápidamente al foro, y al llegar á la puerta, vuelve.) ¡Ah! ¡Se me olvidaba, hombre! ¡La gran noticia! Bueno, la gran noticia para tí. Vamos á tener visitas esta tarde: viene á leerme una comedia Javier Pinares, y á oirla, invitada por mí... ¿Quién? ¿A que no lo aciertas?...

GOLFÍN (Levantándose, y con vivo interés.) ¿Rosa Mino?... (El director afirma con la cabeza.) ¿Va á venir aquí? ¿Cuándo? ¿A qué hora?

DIRECTOR (Contemplándole con profunda lástima. Pausa.) Pero, criatura... ¿Será posible que te haya ocurrido semejante desgracia? ¡Enamorarse de Rosa Mino! ¡Hombre, yo creía que le estabas haciendo el amor sólo para conseguir que te estrenase aquella comedia...

GOLFÍN El mismo caso hace de la comedia que de mí.

DIRECTOR ¡Y yo que te tenía por un muchacho listo, por un hombre perfectamente equilibrado, sano!...

GOLFÍN Esta es una enfermedad que no tiene remedio.

DIRECTOR ¿La enagenación mental? Ninguno. (Alargándole la mano.) Hijo mío... ¡te doy el pésame por la irreparable pérdida del sentido común! Adiós. (Desde la puerta del foro.) Hasta ahora, ¿eh? Vuelvo enseguida. (Vase.)

GOLFÍN Oiga usted, Fernández. Voy á la imprenta cinco minutos. En cuanto llegue esa señora que ha de venir, no deje usted de avisarme. (Vase izquierda.)

FERNÁN. Descuide usted.

PINARES (Aparece en la puerta del foro. Es el tipo del hombre satisfecho de sí mismo. Desciende á hablar con el prójimo, porque no tiene más remedio, pero bien claro denota que para él todos son de raza inferior- A Fernández.) ¿El señor director?

FERNÁN. Acaba de salir en este momento.

PINARES (Con una sonrisa de incredulidad.) Bueno, bien; hágame usted el favor de pasarle mi tarjeta. (Sacando la cartera.)

FERNÁN. No, si le digo al señor la verdad... ¡Parece mentira que no se hayan cruzado en la escalera! Como no sea que al bajar, se haya metido en la imprenta... Voy á verlo, si el señor tiene la bondad de...

PINARES (Yendo á sentarse en primer término, á la izquierda junto al velador.) Bueno, sí... Lo que no tengo es la costumbre de esperar mucho rato... Se lo advierto á usted. (Fernández vase foro.)

GOLFÍN (Sale izquierda y se adelanta precipitadamente al reconocer al recién llegado.) ¡Qué fortuna! ¿Usted por aquí? ¿Cómo va, mi querido don Javier? (Pinares le tiende la mano sin levantarse. Golfín le trata con el mayor respeto, pero su afabilidad no puede hacer mella en la convicción que el otro adquirió hace mucho tiempo de que todo se lo merece.) No sabe usted lo que celebro el honor de verle por esta casa. Precisamen-

te hoy mismo estaba pensando en que tenía que visitar á usted.

PINARES (Friamente.) Usted dirá en qué puedo servirle.

GOLFÍN (Cada vez más amable.) Ya se lo puede usted figurar, querido maestro. Empieza la temporada... Ya se han abierto los principales teatros, y se impone la información. No hay más remedio que molestar á los autores predilectos del público para saber los estrenos que han de ofrecernos este año...

PINARES Pues lo siento mucho, hijo, pero usted debiera saberlo: no tengo la costumbre de anticipar noticias acerca de mis obras. Eso se queda para los principiantes, para los que necesitan conquistar un nombre... Como usted ha de comprender, á mí ya las opiniones de los periódicos... A mí los juicios de la prensa... A mí la crítica... (Y termina la frase con una mueca de desdén.) Psss...

GOLFÍN (Que ha requerido lápiz y cuartillas.) ¿Pero no tendrá usted la bondad de darme?... Al menos, los títulos... los teatros que las han de representar... (Se sienta.)

PINARES ¡Ni una palabra! Le digo á usted lo que á todos los amigos periodistas que han venido á solicitar una *interview*... Porque, vamos á ver... ¿qué adelanto yo con que publique usted mañana... «Javier Pinares, el autor de tantas y tantas aplaudidas comedias, ha terminado este verano en San Sebastián una obra en tres actos... que se titula... «Las aves de rapiña»... Que es una sátira contra los malos gobernantes... (Golfín toma notas apresuradamente. El otro le observa con disimulada satisfacción.) Que la acción se desarrolla en la Presidencia del Consejo... y el último acto en Palacio... Que hay en la comedia un gran efecto teatral: el momento en que los ministros dimisionarios van á contárselo al Nuncio... Y el Nuncio, como es lógico, resuelve á su gusto la crisis... (Transición.) ¡Ah! Ya sé yo que los envidiosos me pintan como un intrigante, muy amigo del reclamo y del bombo, que

sabe prepararse hábilmente los éxitos visitando las radacciones y mendigando elogios de los críticos... ¡Yo! ¿Le parece á usted? ¡Nada más falso! Porque, hijo de mi alma, si yo fuera como dicen mis enemigos, no tendría reservas con usted y aprovecharía esta ocasión para darle la noticia de que vengo aquí esta tarde porque se ha empeñado su director en conocer lo antes posible mi última obra... Y le diría á usted que viene también Rosa Mino, que se encarga del principal papel, porque yo le impongo á la empresa su contrato... (Pausa. Golfín escribe, y el autor espera á que termine.) ¡Pero, no!... ¡No espere usted una sola palabra de todo esto! No tengo la costumbre de anticipar noticia alguna acerca de mis obras. Eso bien que lo hagan los principiantes... los que necesitan conquistar un nombre... A mí ya, como usted ha de comprender, las opiniones de la prensa, el juicio de mis contemporáneos—si he de serle á usted franco—no me importa... Quien ha de juzgar mis obras es la posteridad.

GOLFÍN (Levantándose.) Muy bien, querido maestro. (Tendiéndole la mano.) Pues ya no me resta más que darle á usted un millón de gracias por los preciosos datos que ha tenido la bondad de facilitarme para la información.

PINARES (Fingiendo la mayor sorpresa.) ¡Hombre, la verdad es que me ha hecho usted hablar más de lo que yo hubiera querido! Pero, que no se le vuelva á usted á ocurrir en la vida, porque sería inútil. Yo no acostumbro á anticipar noticia alguna. (Golfín vase derecha.)

PINARES (Sacando el reloj.) ¡Las cuatro y media! ¡Pues ya es una broma! ¿Qué se habrán figurado estas gentes?

FERNÁN. (Que llega por el foro.) Lo que yo decía. No vió usted al señor director porque se metió en la imprenta. Pero ya se había ido cuando yo bajé.

PINARES Y diga usted, ¿tampoco ha venido todavía una señora... joven, Rosa Mino?... Puede que sepa usted quién es.

FERNÁN. Una cómica, sí, la conozco. No, señor; no ha venido aún. ¡Pero vaya si la conozco! Y al señor también. Yo soy muy aficionado al teatro... Y como pueda, no falto á un estreno. Mire usted: cuando le dieron al señorito aquel meneó, hace dos años... Sí, en la Comedia fué... Pues estaba yo allí. Lo cual que me indigné... Porque la obra, no digamos que era una cosa del otro jueves, pero tampoco... (Pinares que se paseaba á lo largo del salón, lanza al pobre Fernández una mirada fulminante que lo deja mudo.)

PINARES (Consultando de nuevo el reloj.) Pero, ¿por quién me ha tomado á mí ese gacetillero? Y esa comicucha, ¿en qué estará pensando? (Se ha detenido ante la mesa del ordenanza, y llama su atención una prueba de imprenta (1) que coge y lee con grandes muestras de asombro.) ¿Cómo?... ¿Ha muerto Enrique Ferraz? ¿El gran actor?

FERNÁN. (Con mucha calma.) No, señor, no. Todavía no ha muerto. (Pinares se queda con la boca abierta.) Pero como está muy grave y esperamos de un momento á otro...

PINARES ¡Delicioso! (Leyendo) «El Teatro Español está de luto; el insigne trágico, gloria de nuestra escena...» ¡Pues vaya un modo que tiene usted de matar á la gente!

FERNÁN. Señor, es que nosotros publicamos tres ediciones al día, y hemos de tener las cosas muy bien arregladas y dispuestas para que no nos coja desprevenidos ningún acontecimiento... Figúrese usted que á última hora, en el momento de tirar el periódico, recibimos la noticia de que *ya la entregó* el buen hombre. ¿Ibamos á tener tiempo para averiguar entonces dónde nació, en qué fecha, quiénes fueron sus padres, lo que hizo y lo que dejó de

(1) Deberá ser lo que se indica, es decir, una tira de papel de periódico, impresa.

hacer... vamos, todas esas cosas que le interesan á la gente? Mientras que así, (Señalando al papel) ¿ve usted?... así, ya puede morirse cuando quiera el señor Ferraz: su artículo está dispuesto para salir.

PINARES ¡No deja de ser un consuelo! (Leyendo la prueba.) Y, en medio de todo, crea usted que... no le disgustaría poderlo leer.

FERNÁN. (Filosóficamente.) ¡Ah! Eso es seguro.

PINARES (Lee.) «Nadie como él supo expresar las grandes crisis de la pasión...» ¡Es verdad!... ¿Y sabe usted si hace mucho tiempo que le tenían esto preparado?

FERNÁN. Sí, señor... Vamos, yo lo digo, porque hace dos años, cuando estaba trabajando en Madrid, tuvo una pulmonía, ¿sabe usted?... Y los médicos ya dijeron que no la contaba... Pero el hombre pudo más que la enfermedad, y que los médicos, y nos dió el gran timo: nos dejó con el artículo hecho. Y, además, que nosotros tenemos siempre dispuestos, por sí ó por no, los artículos fúnebres de todos los personajes... Por ahí estarán... Primero, los reyes, los ministros... los políticos gordos... Es una gente que come bien, y claro, siempre están expuestos á una indigestión... Luego, los toreros, porque, naturalmente, por poco que se arrimen á los cuernos... Los sabios...como son, por lo general, tan viejos...

PINARES Pero no dirá usted que corren el peligro de una indigestión.

FERNÁN. Cá, no señor: al revés. Esos suelen morirse de hambre... Después, los artistas, actores, cantantes... viajan mucho, y en España ya sabe usted que los ferrocarriles... Los autores célebres... se mé olvidaba...

PINARES (Vivamente.) ¡Los autores célebres!

FERNÁN. Sí, señor, porque... — sin ofender á nadie—, por lo general llevan muy mala vida... Sobre que, de todas maneras, cuando á uno le llega su hora...

PINARES (Tosiendo,) Sí, señor, sí... No cabe duda...

Cuando á uno le llega su hora... (Vuelve á pasearse á lo largo del salón. *Pausa*. De pronto se detiene muy decidido cerca del ordenanza.) Y... vamos á ver, amigo Rodríguez... ¿No se llama usted Rodríguez?

FERNÁN. No, señor: Fernández.

PINARES Pues, vamos á ver, amigo Fernández. ¿Le parece á usted...—con franqueza, eh?, con franqueza...—¿Le parece á usted que yo soy un autor célebre?

FERNÁN. ¿Cómo? (Reflexionando.) ¿Dice el señor que si es... un...? Pues, hombre, claro que sí. Francamente, yo creo que el señor... es un hombre célebre.

PINARES (Con un suspiro de satisfacción. Se acaba de quitar un gran peso de encima,) Bueno... ¿Y en qué se funda usted para decir eso? ¿Está usted seguro?

FERNÁN. ¡Señor, yo leo su nombre de usted todos los días en los periódicos! ¡El *Nuevo Mundo* y el *Blanco y Negro* han publicado su retrato la mar de veces!... Casi tantas como el de *Machaquito*... ó el de la bella... En fin, yo tengo la seguridad de que, cuando se muera el señor... ¡ha de ir mucha gente á su entierro! Y esto que no sea desearle al señor...

PINARES (Haciendo una mueca.) No está mal... (Vuelve á su paseo.) No está mal... (Parándose.) Y en ese caso, ¿cree usted que también tendré yo?... ¿Vamos, que también se tendrá ya dispuesta mi... (Con una sonrisa forzada) necrología? (Señalando el papel.)

FERNÁN. No faltaba más... ¡De seguro! Porque el señor, aunque no sea un sabio, pues... la verdad, ya no es tampoco ningún chiquillo... Ya tendrá sus...

PINARES (Interrumpiéndole vivamente.) ¡Bueno, hombre, bueno!... (Decidido.) Pues, amigo Rodríguez... yo necesito que me haga usted un favor.

FERNÁN. (Muy servicial.) Lo que usted mande, don Javier.

PINARES Yo necesito... (Poniéndole un duro en la mano.) Mire usted...

FERNÁN. (Aparte.) ¡Un duro!

PINARES (Continúa.) ...Yo tengo para usted otros cinco si me deja ver mi... Ya sabe usted lo que quiero decirle... Nada, cinco duritos si me busca usted mi...

FERNÁN. ¡Ya! Entendido... Su *bibliografía.*

PINARES (Sonriendo.) Eso es.

FERNÁN. Pues... sí, señor, sí... Yo, con mucho gusto. Pero... ¡Carámbolis! lo peor es que no sé por dónde paran esas historias... Pero no tenga usted cuidado... El día que caiga en mis manos, yo le aseguro que...

PINARES ¿El día que caiga en sus manos? No, hombre, no. Si ha de ser en seguida. Yo necesito ver eso cuanto antes.

FERNÁN. ¡Ah! vamos... ¿Le corre prisa al señor?... (Suena el timbre del teléfono.) Voy á ver; con su permiso. (Descuelga el auricular.) ¿Quién llama? Sí, señor, sí... ha venido... La señora todavía no... (A Pinares.) Es el señor Director.

PINARES ¡Ah! ¿Es el señor Director? Pues deje usted, deje usted... (Adelantándose al aparato y con la mayor indignación.) ¡Voy á decirle yo á ese buen amigo!... (Fernández le da el receptor.) Soy yo, Pinares. (Muy atento, afabilísimo, á pesar de sus amenazas.) ¡Muy bien, querido! ¿Y usted?... Sí, hombre, hace dos horas... Pero no se preocupe usted... ¡Ninguna molestia!... No, ella no ha venido aún... ¿Dentro de un rato? Bien, muy bien... ¡No faltaba más! ¡De nada!... Voy á hacer una visita y vuelvo en seguida... Sí, señor, sí. ¡Y muchas gracias, ¿eh? Hasta ahora. (Cuelga el receptor. A Fernández.) Antes de diez minutos me tiene usted aquí. ¡Que no se olvide usted de mi encargo! Y á ver si lo ha encontrado usted cuando yo vuelva. (Desde la puerta foro.) ¡Ah! si viene la señora esa, dígale usted que haga el favor de esperarse. (Vase.)

FERNÁN. Muy bien, señorito. No tenga usted... (En cuanto ve que le han dejado solo, saca el duro que le dió Pinares.) ¡Cinco... (Señalando al foro) y veinticinco más... un capital! Pues, se-

ñor... ¡El gran día! Lo que falta es que podamos encontrar... (Entra Golfín por la derecha con unas cuartillas en la mano.)

GOLFÍN (Dándole las cuartillas á Fernández.) Cuando suban de la imprenta les da usted...

FERNÁN. Bien. Oiga usted, don Luis... Yo... quería pedirle á usted un favor.

GOLFÍN Lo que usted quiera, amigo Fernández.

FERNÁN. Vamos á ver, ¿usted sabe dónde están esos artículos que se tienen ya compuestos para cuando se muere algún pájaro gordo?... Bueno, yo quiero decir, esto, vamos. (Coge de su mesa la prueba de Fernández y se la enseña.)

GOLFÍN ¡Ah! ¿Los artículos necrológicos? Pues yo los tengo en una carpeta de la Secretaria. (Designando la habitación de la derecha.) ¿Es que hace falta alguno? (Vivamente) ¿Se ha recibido la noticia de que ha muerto algún personaje?

FERNÁN. (Con mucha reserva.) No, señor, no... Es que... bueno, esto que quede entre nosotros, eh? (Bajando la voz.) El señor Pinares quiere saber... lo que se dirá de él cuando se muera... y yo... pues, la verdad...

GOLFÍN ¿Javier Pinares? (Echándose á reir.) ¡El tío farol! ¿No se contenta con los bombos que le estamos dando todos los días y ya quiere?... ¿Supongo que se lo pagará á usted bien?...

FERNÁN. Señorito, yo... ¿qué voy á hacerle? Si viene un señor y me pide...

GOLFÍN Bueno, bueno... Eso es cosa de usted. ¡Lo triste, amigo Fernández, es que don Javier no tiene artículo preparado!

FERNÁN. (Con el mayor desconsuelo.) ¿Está usted seguro?

GOLFÍN ¡Y tan seguro! ¡Como que soy yo el que los hace!

FERNÁN. (Viendo el cielo abierto.) ¡Ah! ¿Es usted el que los hace?... Pues, entonces, todo se puede arreglar... si usted quiere. ¡Hágame usted ese, don Luis! ¡Se lo agradeceré á usted mucho! Es un favor que yo, la verdad... Yo le aseguro que nadie...

GOLFÍN Bueno, hombre... No se apure usted. Voy á escribirlo ahora mismo. (Aparte.) ¡Y poquito que nos vamos á divertir!... (Dirigiéndose á la derecha.)

FERNÁN. Oiga usted, don Luis... ¿Y no habría medio de podérselo enseñar así... ya impreso, como este? (Mostrándole la prueba del artículo de Ferraz.)

GOLFÍN Sí, hombre. Eso es muy fácil. Se lo daremos á un cajista en seguida. (Y desanda el camino, yéndose por la izquierda.)

FERNÁN. ¡Es preferible! Porque, para la gente, todo lo que aparece en letras de molde es el Evangelio... (Mirando la puerta por donde se ha ido Golfín.) ¡Pero qué buen chico es este don Luis! (Va á sentarse detrás de su mesa.) Es un muchacho que... ¡Lo mejor que hay en la casa! (Arregla los libros y papeles que tiene sobre la mesa.) ¡Calla, la Mino! Ya tenemos aquí á la cómica... (Entra por el foro Rosa Mino, muy elegante. Viene sofocada, por lo mucho que ha corrido, sin duda, para llegar... con una hora de retraso.)

ROSA ¿El señor Director?... ¿Habrá salido ya, de seguro?

FERNÁN. No, señora, no. No ha venido aún. Pero ya no puede tardar mucho... Si la señora quiere sentarse y descansar... (Señalándole la butaca de la izquierda primer término. Ella se sienta.)

ROSA ¡Y yo que temía llegar tarde! Me dijo á las cuatro...

FERNÁN. ¡Ah! Es que nosotros, los periodistas, no tenemos hora. Si la señorita quiere entretenerse mientras... (Coloca encima del velador algunas revistas ilustradas que hay en la mesa de redacción.)

ROSA ¡Muchas gracias! (Fernández se dirige á su mesa, pero luego reflexiona y dándose una palmada en la frente, coge el artículo de Ferraz, y guiñando el ojo, á espaldas de Rosa, lo viene á esconder con mucho disimulo, debajo de las ilustraciones que la señora está hojeando. No se hace esperar el efecto apetecido. Rosa, después de haber repasado con precipitación algunas páginas de las revistas, al dejar una se fija en la prueba de imprenta y da un grito.)

ROSA ¿Es posible? ¿Ha muerto Enrique Ferraz?... ¡Qué desgracia, Señor! ¡Qué pérdida para el teatro!... (Sinceramente conmovida.) Con él empecé, y á él le debía todo lo que soy, todo... ¡Cuánto lo siento! ¡Pobre Enrique! (Haciendo pucheros.)

FERNÁN. (Acercándose.) Tranquilícese usted, señorita... tranquilícese usted, que todavía hay esperanza.

ROSA ¿Esperanza? (Asombrada.) Pero, ¿qué esperanza ha de haber, si ha muerto? ¿Es que van á resucitarlo los médicos?

FERNÁN. No, señora, no... ¡Qué han de resucitar!... Lo que yo quiero decir es que el señor Ferraz aún vive.

ROSA ¿De veras? Pero, hijo... (Con asombro creciente.) Y entonces, ¿á qué viene esto? (Mostrando el artículo.)

FERNÁN. Yo se lo explicaré á usted... Como el pobre señor está muy grave, y se espera de un momento á otro... pues, ya se tiene preparado el artículo. Además, en el periódico hay la costumbre de tener siempre dispuesta, para que no vaya á faltarnos tiempo á última hora, la oración fúnebre de todas las notabilidades... los reyes, personajes políticos, sabios, *artistas de mucha fama...*

ROSA ¡Ave María Purísima! (Con supersticioso temor.) Pero... ¿no cree usted que eso les puede traer desgracia?

FERNÁN. ¡Ca, no señora! Hay muchos por ahí que tienen hecha su necrología desde hace años... y disfrutan de una salud á prueba de bomba.

ROSA ¡A pesar de todo!... ¡No me gustaría que mi artículo estuviera ya escrito!

FERNÁN. (Insinuante.) Pues á mí me parece... que, la verdad, la señora es una artista demasiado célebre para que no lo tenga. Estoy seguro de que...

ROSA Calle usted... ¡Me da un miedo sólo de pensarlo!... (Pausa. Va leyendo el artículo de Ferraz con gran atención.) «... el gran trágico, gloria de nuestra escena...» «Nadie como

él...» (Hablado.) ¡Es verdad! ¡Todo lo que dicen es verdad! (Abstraída en profunda reflexión, deja caer el papel sobre la mesa.) ¿Y... yo?... ¿De mí?... ¿Qué dirán de mí cuando ya no esté en el mundo? ¿Tendré también artículos de elogio?... ¿Sentirán mucho mi?... (Lentamente y con *muchas pausas*, pronuncia todas estas últimas frases. De pronto se decide.) Y el caso es que... bien podría yo... (Después de algunos segundos de vacilación, se vuelve hacia Fernández, que fingiendo atender al arreglo de los papeles que hay en la mesa de redacción, no hace más que observarla con el rabillo del ojo.) Oiga usted...

FERNÁN. Señora...

ROSA (Sin saber cómo decirlo.) ¿Y no podría usted dejarme que viera... si es que lo hay... mi?...

FERNÁN. (Aparte.) ¡Ya está! ¡Ya! (A Rosa con mucha solicitud.) ¿Su qué, señora?...

ROSA Mi artículo...

FERNÁN. ¡Ah! ¿Su artículo necrológico?... (Severamente.) No, señora, no. Esas cosas no se pueden enseñar á los interesados... por lo menos, mientras viven.

ROSA (Desolada.) ¡Qué lástima! ¡Yo hubiera querido saber!... ¡Se lo agradecería á usted mucho! Y además... Venga usted aquí. Oigame... (Fernández se acerca más.) Con un minuto tengo bastante. (Bajando la voz.) Hágame usted el favor de tomar esto... (Y abriendo su limosnero, saca un puñado de pesetas que tiende al ordenanza.)

FERNÁN. Señora... ¡usted me compromete!... ¡Mire usted que me expongo á perder el empleo... ¡Mire usted que yo!... (Toma los cuartos.)

ROSA (Persuasiva.) No tenga usted miedo. Lo leo en dos segundos y lo vuelve usted á colocar en seguida donde estaba...

FERNÁN. Bueno, bien... Por darle á usted ese gusto... Pero que no lo sepa nadie, señora.

ROSA ¡No faltaba más!... (Aparte.) ¡Dios quiera que no se nos vaya á descolgar ahora el señor Director!... (Dirigiéndose al foro.

Voy á despedir el coche y subo al momento.

FERNÁN. (Sigiéndola.) No se moleste la señora... Bajaré yo...

ROSA Deje usted, deje usted... Lo primero es que me busque usted el artículo. Eso me corre más prisa. (Vase foro; Fernández la acompaña hasta la puerta. Vuelve radiante de júbilo.)

FERNÁN. (Sacando las monedas del bolsillo del chaleco.) ¡Cinco... y cinco!... ¡Y cinco y cinco y diez!... y cinco... No sé cuántos son. La mar. Bueno, la cuestión es que yo he descubierto una mina. Una verdadera mina. Pero... ¿quién le dice ahora á don Luisito, por segunda vez?... ¡Me va á mandar á!... (Entra por la izquierda Golfín, con una prueba de imprenta, muy corta, en la mano, que entrega al ordenanza.)

GOLFÍN ¡No se quejará usted! Aquí está la prueba del artículo... como si fuera á salir mañana.

FERNÁN. ¡Ay, señor Golfín!... No sabe usted... la vergüenza que me da... ¿qué va usted á decir de mí?... Pero el caso es que... Que yo necesitaba otro... (Deja la prueba encima de la mesa grande.)

GOLFÍN ¡Cómo!... ¿Le hace á usted falta otro panegírico del señor Pinares?

FERNÁN. No, señor, no. Ahora se trata de otra persona.

GOLFÍN (Sin perder su tono condescendiente.) Amigo Fernández... eso ya es abusar...

FERNÁN. ¡Por Dios, señorito Luis!... ¡No me diga usted eso!... ¡Con lo agradecido que yo le estoy!... (Con mucha reserva.) Esta vez... es para una señora, ¿sabe usted?

GOLFÍN ¡Ah! ¿Sí?...

FERNÁN. Sí, señor... (Casi al oído.) Para Rosita Mino.

GOLFÍN ¿Rosa Mino? (Con exaltación creciente.) ¿Ha estado aquí? (Fernández afirma con un movimiento de cabeza.) ¿Y por qué no me lo ha dicho usted?... ¿Va á volver? (Fernández sigue haciendo gestos afirmativos.) ¡Pues eso ya es otra cosa, querido Fernández! ¡Si es para ella!... Precisamente se trata de una

mujer... que me tiene loco. ¡Si hace un año, amigo Fernández, un año entero, que le estoy haciendo el amor!

FERNÁN. ¿Y ella?...

GOLFÍN (Llevándose la uña del pulgar á los dientes.) ¡Ni agua!

FERNÁN. ¡Ya, desde luego! Claro es que si no, ¿cómo iba usted á seguir tanto rato haciéndole?...

GOLFÍN En la temporada última, llegué hasta á escribirle una comedia... ¡que era una preciosidad!... para la noche de su beneficio... ¡Pues... no quiso ni oirla! (Se queda reflexionando tristemente.)

FERNÁN. Esas mujeres que gastan esos sueldos... y gastan esos tíos que tienen tanto para derrochar... no hacen caso de nadie... (Transición.) Pero, en fin, yo cuento con que usted...

GOLFÍN (Despertando.) Sí, señor; siendo para ella... ¿Cuándo lo necesita usted?...

FERNÁN. Pues... lo antes posible.

GOLFÍN Bien (Dirigiéndose á la izquierda.) ¡Qué ironías tiene la suerte! Voy á escribirle un elogio fúnebre conmovedor. ¡A ver si consigo que me haga caso después de muerta! (Vase izquierda.)

FERNÁN. ¡Este muchacho es más bueno!.. (Mirando por la puerta del foro.) Pero la señora del coche... ¿es que ya no se acordará... Sí, ya sube... Haré como que estoy buscando... (Saca de una librería una carpeta de papeles, y la coloca encima de la mesa de redacción, abierta.)

ROSA ¿Qué?... ¿No ha salido aún mi...?

FERNÁN. No, señora, no. Lo estoy revolviendo todo... pero... (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah, vamos!... ¡Ya caigo!... ¡Debe de estar ahí, en el despacho del Director!... Cuando se trata de señoras... se las guarda él. Voy á verlo, con su permiso. (Vase izquierda.)

ROSA ¡Con tal de que lo encuentre! (Coge la prueba del artículo de Pinares, que dejó Fernández encima de la mesa de redacción y empieza á abanicarse con ella.) ¡Estoy nerviosa!... ¡Con un

susto y una emoción... como si fuera á consultar á una sonámbula! (Fijándose, de pronto, en el papel que tiene en la mano, y muy conmovida.) ¡Pero... Dios mío! ¿Será posible? ¡Javier Pinares! ¡Ha muerto! (Sigue leyendo, cada vez más apenada.) ¡Y nosotros aquí, esperándole para que nos leyera su comedia! (*Pausa* y transición muy marcada.) ¡Y con un papel tan bonito que tenía yo! El mismo me lo dijo, hace dos ó tres noches, en mi cuarto. ¡Y tan contento como estaba, de tan buen humor!... ¡Pobre hombre! Hace dos días bueno y sano... y... (Leyendo.) «En la mañana de hoy»... ¡No somos nada en este mundo! ¡No somos nada!... ¡Nada! (Aparece Pinares en la puerta del foro. Rosa vuelve la cabeza, y da un grito al verle.) ¡Jesús! (Retrocede, extendiendo los brazos hacia él con ademán y gesto de terror.) ¡No, no se acerque usted á mí, por Dios!

PINARES (Asombrado.) Pero hija... ¿qué sucede? (Volviéndose atrás, y aparte.) ¿A quién dice ésta que no se...?

ROSA (Temblando.) ¡Animas benditas! ¡Y habla!

PINARES ¡Pues no faltaba más! ¿Es que le han dicho á usted que me había quedado mudo?

ROSA (Comenzando á tranquilizarse. Aparte.) ¡Peor!... Pero... ¿está usted vivo, realmente?

PINARES (Con forzada sonrisa.) Mujer, yo creo que sí.

ROSA (Pasándose la mano por los ojos.) ¡Ay! Perdóneme usted, Javier. Ha sido una pesadilla horrible... Figúrese usted que estábamos hablando, el ordenanza del periódico y yo, de una porción de cosas fúnebres que me han impresionado atrozmente... Luego ha caído en mis manos este artículo, y claro, al aparecer usted... pues hijo... había para morirse del susto... Y el caso es que... (Esforzándose por sonreir) ha sido una tontería, porque me acaban de explicar ahora mismo... (Mostrando la prueba) lo que significa esto...

PINARES (Recobrando su aire desdeñoso, de hombre superior.) ¡Ah, vamos, ya! Sí... Mi necrología. Ha sido un capricho... ¿Y qué?... ¿Un cha-

parrón de elogios, por supuesto? (Se sientan en las butacas, junto al velador.) Cuando ya no les estorba uno, cuando ya no les puede hacer sombra... ¡Llegó la hora de las alabanzas!

ROSA (Con profunda ironía.) ¿La hora de las alabanzas?... Pues mire usted, mire usted... (Leyendo.) «En la mañana de hoy ha fallecido en esta corte, á consecuencia de un ataque de apoplegía... (Pinares levanta la cabeza indignado) el *conocido* escritor (Nuevo movimiento de Pinares) don Javier Pinares, á quien debe nuestro teatro numerosas y *afortunadas* obras dramáticas que, *no por carecer de grandes méritos literarios,* dejaron de conseguir positivo éxito, en su época, logrando alcanzar extraordinario número de representaciones en Madrid y provincias».

PINARES (Cruzándose de brazos reprime su cólera, próxima á estallar.) ¿Y... nada más?

ROSA Sí... continúa: «Enviamos á la familia del *modesto* escritor nuestro más sentido pésame.»

PINARES (Temblando de ira.) ¿Y eso es todo?

ROSA (Dejando el papel encima del velador.) No dice más.

PINARES (Indignado.) ¿Eso es todo lo que tienen que decir de un hombre como yo?... ¿De un hombre que luchó toda su vida por el arte y por el ideal?... ¡El «conocido» escritor! ¿Le parece á usted?... ¡Llamarme á mí el «conocido» escritor!

ROSA (Con la mayor ingenuidad.) No, eso es verdad. Yo le conozco á usted hace muchos años...

PINARES (Fijándose de nuevo en el artículo.) «En la mañana de hoy»... ¡Como si fuera la gacetilla de un suceso vulgar!... «Enviamos á la familia del modesto»... ¡Modesto! ¿Le parece á usted digno de mi semejante?...

ROSA (Ingenua siempre.) ¡Pero, hijo mío, ¿quería usted que le llamasen orgulloso?

PINARES (Con indignación creciente.) ¡No, señora, no! Pero, ¿es que no tienen otros adjetivos? ¿Son esos los que yo merezco? ¿Esos precisamente? (Vuelve á mirar el papel.) ¿Que mis

obras carecían de mérito literario?... (Furioso.) ¿Quién lo ha dicho?... ¡Imbéciles! ¡Nadie se atrevió nunca á decir eso! ¡Nadie!

Rosa ¡Pues ya ve usted: la hora de las alabanzas!

Pinares (Leyendo.) ¡Y... «de un ataque de apoplegía!» ¡Vamos á ver!... ¿Por qué?... ¿Quién les dice que no he de reventar yo de un cólico? (Entra Fernández por el foro, y el autor se dirige á él, asiéndole por un brazo.) ¿Y de dónde se han sacado ustedes?... Vamos á ver... ¿Usted sabe de qué voy á morir yo? (Cada vez más fuera de sí.)

Pinares (Asustado y perplejo hace un signo afirmativo con la cabeza. Pinares y Rosa le miran estupefactos.) De la última enfermedad, supongo yo... como todo el mundo.

Pinares ¡Y ha de ser una apoplegía!

Fernán. ¿Una?... (Examinándole con atención.) Pues, mire usted... mire usted... Si el señor toma las cosas tan fuerte, no sería difícil, porque ya tiene la cara... así...

Pinares (Con inquietud.) ¿Cómo?... (Y respira fuerte, ensanchándose con la mano el cuello de la camisa.)

Fernán. Y muchas veces un disgusto puede traer fatales...

Pinares Tiene usted razón. Hago mal en preocuparme tanto por una estúpida gacetilla que aún no ha visto la luz... ¡ni la verá nunca! (Y hace mil pedazos el papel.)

Fernán. (Consternado.) ¿Pero... qué hace usted? ¿Qué hace usted? Válgame Dios... ¡Qué desdicha! ¿Cómo devuelvo yo ahora el artículo?... (Acercándose á él y en voz baja.) Oiga usted, señorito... De todas maneras, ¿no se olvidará usted de lo que me ha prometido?

Pinares (Frunciendo las cejas,) ¿Qué?...

Fernán. Los cinco...

Pinares (Indignado.) ¡Ah! Los cinco duros... ¡Se necesita valor! ¿Quiere usted que después de haber visto escarnecida mi memoria?...

Fernán. Señor... yo ¿qué culpa tengo?

Pinares (Reflexionando.) Es verdad. ¡Y sobre todo (Sacando la cartera) que bien vale cinco du-

ros convencerse de la mala fe y de la ingratitud de los hombres! Tome usted. (A Rosa.) Lo que indigna es la hipocresía, la cobarde falsedad de las gentes. Hasta ahora todo el mundo me ponía buena cara... ¡Me llamaban maestro! ¡Me colmaban de elogios! (Con amargura profundísima.) ¡Y en cuanto le ven á uno muerto!... ¡Claro! ¡Como ya no les puede uno servir!... ¡Como ya no les puede hacer favores!... ¡Qué mundo este!... ¡Qué asco! (Fernández se dirige á la izquierda y Rosa le detiene.)

ROSA Pero, oiga usted... ¿y el mío? ¿No ha parecido aún?

FERNÁN. Sí, señora, sí. Ya lo tenía casi... (Señalando á la izquierda: el buen hombre iba á decir la verdad: «casi terminado.» Lleno de confusión acaba la frase.) casi... en la mano, cuando al oir aquellas voces entré á ver lo que... Pero usted... ¿no lo romperá, diga lo que diga el papel?

ROSA No, señor, no. (Fernández vase izquierda.)

PINARES ¡Ah! ¿Usted tambien?... ¿Usted también quiere saber...? ¡Pues había para escarmentar con mi ejemplo!

ROSA No, señor. (Con mucho interés.) ¡Y tengo una gana de ver lo que han de decir de mí!... ¡Ya sé yo el valor de los elogios que se prodigan á las mujeres... Pero, según parece, cuando una ya no existe la sinceridad se impone.

PINARES (Que se paseaba se vuelve airado.) ¡Ah! ¿Sí? ¡Luego para usted, todas esas lindezas (Señalando en el suelo los pedazos de su artículo) que acabamos de leer son la pura verdad!

ROSA Señor, los periódicos tampoco son infalibles. ¿Quién sabe? Puede que dentro de dos ó tres siglos la opinión reaccione en favor de usted... y vuelva de su acuerdo

PINARES ¿Dentro de dos ó tres siglos? ¡Ahora mismo es cuando necesitaba yo que se me hiciera justicia!

ROSA Pero, hijo mío, después de muertos... ¿un siglo más ó menos... qué nos importa?

FERNÁN. (Por la izquierda, con una prueba de imprenta que entrega á Rosa.) Aquí lo tiene usted. (Vase foro.)

PINARES (Acercándose y con mucho interés.) Bueno, vamos á ver... ¡Vamos á ver cómo la trata á usted la posteridad!

ROSA Sí, vamos... á ver... (Contemplando el papel con supersticioso temor.) Pero... Dios mío... ¡seré tonta! ¡No me atrevo á leerlo! (Se lleva la mano al pecho como sintiendo oprimírsele el corazón. Con tono solemne:) ¿No le parece á usted un sacrilegio atrevernos á levantar el velo del destino?

PINARES (Impaciente.) ¿... Atrevernos á levantar el velo...? Bueno, mujer, déjese usted ahora de historias, y vamos con el artículo.

ROSA Sí... Vamos. (Leyendo.) «Rosa Mino... (Se detiene muy emocionada, como si le abandonaran las fuerzas, y deja caer el papel.) ¡Ay! No... No puedo. Es una ridiculez, ya lo sé; pero... al ver esas barras negras... me parece que estoy leyendo mi esquela... me parece que ya no estoy en el mundo. (Pinares recoge el papel y ella lo rechaza.) ¡No! Me crispa los nervios. Léalo usted... ¿quiere usted leerlo?

PINARES (Hace un signo afirmativo y se sienta. Leyendo.) «Una de las más admirables artistas del Teatro Nacional...»

ROSA (Que al oir el primer adjetivo ya se ha tranquilizado casi por completo; sorprendida:) ¿Del Teatro Nacional?

PINARES (Irónico.) ¿No lo entiende usted, verdad? Pues yo se lo explicaré... ¡Que sea enhorabuena! Eso quiere decir dos cosas á cual más agradables: que su carrera de usted ha de ser brillantísima... y que se morirá usted muy vieja. Porque, figúrese usted... ¡De aquí á que llegue á ser un hecho eso del teatro Nacional!... Va para largo.

ROSA (Muy erguida, esponjándose de satisfacción.) Pero dice... «admirable artista», ¿eh?

PINARES Dice mucho más. (Leyendo.) ...«La actriz predilecta de nuestro público, Rosa Mino,

ha muerto hoy en su magnífico hotel ¿oye usted? de la... (Hablado.) Hombre, no dice el sitio; está en blanco.

Rosa (Radiante de alegría.) ¿Qué importa eso? Lo esencial es que yo tendré un hotel mío, de mi propiedad. ¡Y magnífico, además! ¡Qué gusto! ¡Ay! ¡Siga usted, siga! (Y cada vez más interesada, acerca su sillón al de Pinares.)

Pinares (Leyendo.) «¡Pérdida irreparable! ¡Pérdida inmensa para la escena española!» (Pinares levanta la cabeza y se queda mirando á la otra, fijamente, con asombro lleno de ironía. Su indignación va creciendo, á medida que aumentan los exagerados encomios del panegírico.) «Rosa Mino era más que una artista: era la musa de la comedia moderna. (Nuevo movimiento de Pinares.) Era la encarnación de la poesía y del arte en el alma de una criatura excepcional, que lo reunía todo: soberana belleza, gentil donaire, graciosa ingenuidad, divino encanto y más que divina inspiración.» (Rosa deberá ir expresando, con el gesto y el ademán, la distinta impresión que le produce cada uno de aquellos elogios que, para ella, naturalmente. son el mismo Evangelio,)

Pinares (Hablando y conteniéndose á duras penas.) ¡Qué disparate! ¡No se priva usted de nada, hija!... ¡Cómo se conoce que tiene usted la fortuna de ser mujer, joven y guapa! Y, claro... ¡Hasta el juicio de la posteridad se le convierte á usted en una carta de amor! ¡Esto parece la declaración de un tonto!

Rosa (Sin atender más que al artículo.) Bueno, bien... Pero siga usted, hombre de Dios... ¿Es que ya se acabó? ¡Qué lástima!

Pinares ¡Cá! No, señora. ¡Qué se ha de acabar! (Sigue leyendo.) «Unía á su gran talento un gran corazón.»

Rosa (Conmovida, llevándose el pañuelo á los ojos) ¡Es verdad! Eso me ha perdido muchas veces.

Pinares «Fué siempre la mejor compañera, la más fiel y más desinteresada amiga.»

Rosa (Haciendo pucheros) Sí, señor, sí. Yo siempre hice todo el bien que pude... No te-

nía nada mío... ¡No sabía decir á nada que no!

Pinares «Por eso desde que la fatal noticia se extendió por Madrid, numerosos amigos quisieron verla por última vez, depedirse de ella para siempre»...

Rosa ¡Claro! ¡Si todos me querían, todos!...

Pinares «En poco tiempo, la capilla ardiente se vió llena de flores, regadas con lágrimas de sincero dolor, y en medio de aquel jardín improvisado, la insigne actriz, vestida de blanco... (Hablando.) Le pondrían á usted el hábito de doña Inés... ¡Como si lo viera! (Leyendo.) «Parecía dormida, porque no abandonaron sus labios aquella eterna y encantadora sonrisa suya, inolvidable...»

Rosa (Junta las manos y sonríe.) ¡Ay! ¡Qué bonita estaría! ¡Ideal!

Pinares «Sus compañeras, las artistas de los principales teatros de Madrid, la rodeaban, llorando sin consuelo».

Rosa (Vivamente.) ¿Ve usted? Eso sí que parece mentira. ¡Las hipócritas! ¡Ninguna me podía ver ni pintada! (Pausa.) Oiga usted... ¿y no dice... no dice de qué?...

Pinares (Comprendiendo.) ¿La enfermedad? No, señora. Le dejan á usted elegir la que más le guste. Mientras que á mí está decidido: ¡quieras que no, apoplegía ha de ser! (Levantándose, y dejando el artículo.) ¡Esto es insoportable! Tome usted, tome usted. Siga usted, si quiere.

Rosa (Leyendo.) «Nuestro querido compañero don Luis Golfín, uno de los más fervorosos admiradores de la malograda artista, depositó á sus pies una hermosa corona de gardenias, la flor predilecta... (La emoción no deja continuar.) ¡Es verdad!... ¡Mis queridas gardenias! Pero ¿ha visto usted qué delicadeza?... ¡Están en todo!

Pinares Y... ¿quién es ese Golfín?

Rosa (Queriendo recordar.) ¿Luis... Golfín? Pues... no caigo... ¡Ah! ¡Sí! Un muchacho joven, un autor de los nuevos... (Fernández sale por

la izquierda, atraviesa de punta en puntillas, y desaparece por la derecha. A poco, vuelve, con el sombrero y el bastón de Golfín, y se va por el foro, procurando que no adviertan su maniobra los de escena.) Ahora me acuerdo... (Muy apesarada.) Sí, uno que me trajo una comedia, y yo no quise ni oirla... ¡Qué ingratitud! ¡Ve usted! ¡Cuánto lo siento! ¡Siempre nos portamos peor con los que nos quieren más! (Sigue leyendo.) «Las listas se cubrieron de firmas... El número de coronas enviadas es incalculable... Todos los teatros han suspendido la función de hoy en señal de luto».

PINARES Nada, hija... que no puede usted quejarse: ¡Ha sido un éxito! ¡Un gran éxito!

ROSA ¡Qué locura! ¡No esperaba yo tanto!... Se ve... se ve que todos han sentido mi... (Conmovida.) ¡Y es muy justo, señor! ¡Yo no le he hecho mal á nadie! (Entra Fernández, y se lleva la prueba, yéndose foro, sin que lo note Rosa.)

PINARES ¡En cambio, de la mía parece que todos se alegran! Yo no dejo más que enemigos.

ROSA No crea usted que yo no he sufrido también ingratitudes y desengaños en este mundo. Pero... cuando una lo abandona... (Con lágrimas en los ojos.) ¡Como no me volverán á ver! ¡Como es para siempre! (Sollozando.) ¡Claro!

PINARES ¡Hija, por Dios! Me parece que lo toma usted muy en serio... ¡Que no se ha muerto usted todavía!

ROSA (Mirando á su alrededor y con un suspiro de satisfacción.) ¡Ay! Es verdad. ¡Ni usted tampoco!

PINARES Pero... ¡Me dan ganas de suicidarme, créalo ueted! Y si no lo hago... es por no anticipar la hora de las alabanzas. (Señalando en el suelo los pedazos de su artículo.) Ya ve usted... ¡Para que me llamen el modesto escritor!... ¡A mí! (Entra el Director por el foro seguido de Fernández, á quien entrega el sombrero y el bastón.)

DIRECTOR (Estrechando la mano de Rosa.) Perdónenme ustedes. Me ha cogido en la puerta del Congreso el Presidente, y ya saben ustedes cómo las gasta: es un hombre que se emborracha hablando. (A Pinares.) Lo que siento es que no podremos leer hoy esa comedia... mañana ó pasado, si le parece á usted...

PINARES (Solemne.) Ni hoy, ni mañana, ni nunca. (Sacando del bolsillo un pequeño manuscrito.) ¿La ve usted? ¡La mejor! ¡Mi obra maestra! (Desde la puerta foro.) Pero se viene conmigo á la tumba... ¡Quiero que nos entierren juntos! (Sale.)

DIRECTOR (Asombrado, á Rosa.) Diga usted, pero... ¿qué le pasa á este hombre? ¿qué dice? ¿es que se ha vuelto loco?

ROSA (Con la mayor sencillez.) No, señor, no. Es que se ha indignado, que se ha puesto furioso...

DIRECTOR (Interrumpiéndole cada vez más desconcertado.) Y... ¿por qué?

ROSA (Sin darle importancia á la frase.) Por lo que dicen ustedes de él al dar cuenta de su muerte.

DIRECTOR (Estupefacto.) ¿De su muerte?... Oiga usted, señora... Pero ¿qué es esto? ¿Me quiere usted explicar?... (Rosa ya no le entiende. Acaba de aparecer en la puerta el bueno de Golfín, con los guantes puestos y el sombrero en la mano, y la actriz, sorprendida, se ha dirigido á él vivamente. El director atiende al diálogo que sigue, como es natural, mudo de asombro.)

ROSA Pero... ¿es posible? ¡Usted. ¿Qué viene usted á hacer aquí?

GOLFÍN He subido á ver... á mi amigo. Pasaba por esta calle y se me ocurrió...

ROSA (Con exaltación creciente.) ¡Esto es providencial! ¡Sí, señor: providencial! ¡No sabe usted cuánto me alegro de verle! ¡Cuánto lo deseaba, para darle las gracias... un millón de gracias!

GOLFÍN (Fingiendo la mayor sorpresa.) ¿A mí?... ¿Por qué?

ROSA ¿Por qué ha de ser?... ¡Por mis gardenias,

hijo! ¡Por sus gardenias! Fué una delicadeza, un rasgo... que me llegó al alma. (Cayendo en la cuenta, al ver la cara del periodista.) ¡Ay! Pero es verdad... que usted no puede saber de qué le hablo. Bueno. (Estrechándole las manos.) El caso es que, desde hoy, ha de tener usted en mí á su mejor amiga... una amiga de corazón... ¡Más... mucho más!... No deje usted de venir esta noche al teatro. Es preciso que leamos su comedia... que la ensayemos cuanto antes... Y el día del estreno, ¡oh! el día del estreno... ¡sabrá usted quién es Rosa Mino!... ¡Sabrá usted quién es la primera dama del Teatro Nacional! (Sale rápidamente por el foro.)

DIRECTOR ¡Y esta otra se va sin despedirse siquiera!...

GOLFÍN (Loco de alegría.) ¡Bendita sea!... ¡Por fin! ¡Abráceme usted, querido tío! ¡Abráceme usted! (Yendo á él con los brazos abiertos.)

DIRECTOR Pero, hijo de mi alma, ¿quiéres hacer el favor de explicarme lo que sucede aquí hoy? Vamos á ver: ¿de dónde vienes tú?

GOLFÍN ¿Yo? de ninguna parte. No he salido á la calle.

DIRECTOR ¡Ah! ¿Y te pones el sombrero y los guantes para pasear por la redacción? (Perdiendo la paciencia.) Bueno, mira: acabemos de una vez: ¿qué ha ocurrido; qué has hecho desde que yo me fuí?

GOLFÍN (Con exaltación, muy risueño, y dispuesto á explicarse.) ¡Matar gente! Sí, señor, sí. ¡Matar gente!... Pero ¡con un éxito! (El director se queda perplejo. Fernández, detrás de él, repite, dándose golpecitos en el bolsillo del chaleco «Con un éxito»...) Ya lo ha visto usted: ¡ella, loca!

DIRECTOR (Fuera de sí.) ¡Ya lo veo, ya! ¡ella... y el otro.... (Señala al foro, refiriéndose á Pinares) y tú!... ¡Todos locos!

FERNÁN. (Acercándose con la sonrisa en los labios.) No, señor, no. Yo se lo explicaré: Su sobrino de usted quiere decir que entre él y yo matamos á los tontos que lo piden, porque... ¡somos un par de *vivos!*

DIRECTOR (Retrocediendo con verdadero susto.) ¡Otro!

¡Otro! ¡Hasta Fernández... ha perdido el juicio. (Se deja caer en una silla,)

CAJISTA (1) (Por el foro con una prueba de imprenta en la mano.) Señor director: ¿la *muerte de Rosa Mino* ha de ir en primera plana?

DIRECTOR (Levantándose de un salto.) ¿Cómo? ¿Qué?... ¿La muerte de Rosa Mino?... ¡Ay! (Llevándose las manos á la cabeza.) Pero, Señor, Señor... ¿Sí seré yo el que ha perdido...? ¡Porque si no lo estoy, poco me falta ya! (Golfín y Fernández, echándose á reir, uno á cada lado del director, y *los dos hablando á la vez,* mientras cae el telón.)

GOLFÍN No, señor. Yo le diré á usted lo que ha sucedido. Llegó Javier Pinares, y al ver la necrología de Ferraz, tuvo la idea...

FERNÁN. No, señor, no. Verá usted lo que ha pasado. Estaba por ahí, encima de la mesa, la *bibliografía* del señor Ferraz, y cuando ha venido el señor Pinares...

TELÓN

(1) Que deberá ser un verdadero actor.

Precio: UNA peseta.